

Ramiro Pérez Utero

SORIA

I

Todas las horas de Soria se detienen
encima de los collados, en las laderas
que van a parar al río;
donde todo se sucede
todas las horas de Soria se amontonan
como los últimos copos
en las dehesas del monte, sobre las cambrone-
ras,
como sueños asomados a las aguas
en la hora del alba.

Desde las parameras,
por las altas praderas de los montes,
la luz es arrastrada con el viento
sin levantarse apenas de la tierra,
y todo es humildad, y todo es sueño,
y todas las horas de Soria se demoran
como viajeros tristes en el páramo,
como olas del océano paradas
a la sombra de los acantilados.

Esta destartalada claridad
ilumina los campos sin caminos;
una blanca carretera
cruza el río, y por sus arcos
pasan las aguas al mar.
Todas las horas de Soria
se remansan en la orilla,
como animales vencidos,
o sílabas de un verso sin aliento
herido de eternidad.

V

Me habéis llegado al alma
¿o acaso estabais en el fondo de ella?

El alma tiene páramos
y tierras labrantías,
caminos ondulados por las desiertas sierras,
pálidos horizontes
que cruzaréis un día,
igual que sueños verdes sobre la pobre tierra.

A veces se detiene
por tibias galerías,
absorta en los recuerdos, cuando la noche viene;
el alma tiene noches
y sombras peregrinas,
como huellas extrañas sobre la blanca nieve.

No brota de las cosas
el alma; es fuente y río,
y el campo que atraviesa su corriente fugaz;
apenas un crepúsculo
de tiempo detenido...
tan solo desconoce las aguas de la mar.

(De *La carretera* 122)